

## CAPITULO XII.

### ITALIA.

#### MEMORABLE ASALTO Y SAQUEO DE ROMA.

1525.—1527.

Sensacion que produjo en Italia la traslacion de Francisco I. á Madrid.—Quejas y enojo de los generales Borbon y Pescara contra el vírey Lannoy.—Planes del canciller Moron.—Intenta libertar la Italia de la dominacion española.—Induce á ello al marqués de Pescara.—Vacila el marqués.—Resuelve denunciarle.—Artificio que usó para descubrir y prender á Moron.—Sitia Pescara al duque de Milan.—Muerte del marqués de Pescara.—Sucédele el duque de Borbon.—Conducta de Francisco I. despues de su rescate.—Niégase á cumplir el tratado de Madrid.—Confederacion contra Carlos V.: la Liga Santa: tratado de Cognac.—Refuerza el emperador el ejército de Italia.—Inaccion de Francisco I.: compromete á los aliados: triunfos de los imperiales en Milan.—Conjuracion contra el papa: entrada de los conjurados en Roma: prision del pontífice: condiciones con que recobró su libertad.—Escaseces y apuros de los imperiales en Lombardia: terribles medidas del duque de Borbon: crítica y desesperada situacion del pais y del ejército.—Arrojada y funesta marcha de Borbon contra Roma.—Imprudente confianza del pontífice.—Asalto de Roma por los imperiales: muerte de Borbon: entrada y saqueo horrible de Roma: escándalos, sacrilegios, crímenes inauditos.—Prision del papa Clemente.—Manifiesto de Car-

los V. á los príncipes sobre el asalto y saco de Roma.—Manda hacer rogativas por la libertad del papa.—El papa sigue cautivo.—Conjuracion europea contra el emperador.—Anuncio de nuevas guerras.

Durante el cautiverio del rey de Francia en Madrid habian pasado en Italia acontecimientos importantes, y fraguándose en secreto una terrible trama contra el emperador. Ya indicamos en el anterior capítulo cuán bien habia sabido esplotar la reina Luisa de Saboya, madre de Francisco I. y regente de Francia, los celos que al papa, á los venecianos y al rey de Inglaterra inspiraba el excesivo engrandecimiento y el asombroso poder del rey de España y emperador de Alemania, y cómo se habian ido desviando los que antes habian sido sus mas eficaces auxiliares y sus mas útiles amigos.

Por otra parte, el bullicioso canciller de Milan Gerónimo Moron, una vez espulsados los franceses de este ducado, mirábalos ya con menos enemiga y enojo; y las onerosas condiciones y las reservas con que el emperador, despues de mucho trabajo, accedió á otorgar la investidura del señorío de Milan al duque Sforza, en cuyo nombre se habia conquistado, le hicieron sospechar y calcular que si á Carlos le diera tentacion de agregar el Milanesado al reino de Nápoles, corria gran riesgo de que viniera á su poder toda la Italia. Libertar la Italia del yugo extranjero era tiempo hacia el pensamiento favorito de los



políticos italianos, y emanciparla de la dominación de los españoles era la empresa que se le representaba mas gloriosa al canciller Moron, ya que tanta parte le habia cabido en la espulsion de los franceses. A este designio encaminó sus planes, y no tardó en presentársele una ocasion que le pareció muy oportuna.

La traslación de Francisco I. á Madrid, hecha por el virey Lannoy secretamente y sin dar conocimiento de ella ni al duque de Borbon ni al marqués de Pescara, resintió altamente y ofendió el amor propio de estos dos generales, á cuyo esfuerzo se habia debido principalmente el triunfo de Pavía. Borbon se vino, como hemos visto, lo mas pronto que pudo á Madrid, receloso de que Lannoy pudiera perjudicarle en sus intereses. Hiciéronse aqui Borbon y Lannoy mútuas y muy duras recriminaciones á la presencia misma del emperador. El de Pescara quedó al frente del ejército, tronando contra el virey y blasfemando de su solapada accion, resentido ademas y quejoso del emperador porque no le habia premiado tan cumplidamente como creia merecer por sus servicios. Este descontento y enojo del vencedor de Pavía fué el que se propuso el intrigante Moron utilizar para sus planes. Con mucha maña le inflamaba en su resentimiento, y le avivaba los celos que ya le daban las preferencias del emperador hácia Lannoy, permitiéndole que dispusiera del monarca francés, siendo el de Pescara el

caudillo á cuya dirección y bizarría se debió el triunfo de Pavía y la prision del rey.

Con mucha sagacidad le fué Moron insinuando la idea de que la mejor venganza de tales agravios, y al propio tiempo el mejor camino para ganar gloria inmortal seria erigirse en libertador de su patria, sacudiendo el yugo de la dominacion estrangera; que á él mas que á nadie correspondia llevar á cabo empresa tan generosa y noble; que á tan grandioso designio le ayudarian con decision todos los pueblos; que él podria ser el alma de la liga secreta que se estaba formando entre el papa, Venecia, Florencia, Milan y la gobernadora de Francia, Luisa de Saboya; y que siendo el reino de Nápoles feudo de la Santa Sede, podia estar cierto de que los aliados le darian con gusto aquella corona, y con no menos satisfaccion le otorgaria el pontífice la investidura.

Tentadora era la perspectiva para un genio ambicioso como el de Pescara, y para un hombre que, como él, se mostraba quejoso por sentirse mal remunerado. Suspenso se quedó al pronto, sin dar respuesta categórica, como quien fluctuaba entre la idea risueña de un porvenir brillante y la infamia de la traición que para ello necesitaba cometer. Por si se decidia á seguir las inspiraciones de Moron, quiso descargar su conciencia oyendo el parecer de hombres doctos, á quienes consultó «si podia un vasallo levantarse legítimamente contra su señor inmediato por



obedecer al señor feudal.» Los teólogos y letrados de Milan y Roma contestaron afirmativamente, que para todo hallaba favorable resolución la jurisprudencia de los casuistas de aquel tiempo. Pero reflexionó de nuevo, bien fuese que le horrorizara la alevosía, bien que viera dificultades en la realización del proyecto, bien que la enfermedad que entonces padecía el duque de Milan Francisco Sforza le sugiriera el pensamiento de sucederle en el ducado, como premio que el emperador no podría negarle por la revelación del secreto, decidióse á descubrir á Carlos todo lo que contra él se tramaba, deslizándose así, por querer huir de una traición, por una pendiente de no menos abominables alevosías.

Manifestósele el emperador informado ya de todo; y como quien indirectamente reprendía á Pescara lo tardío de la delación, y como quien le allanaba el camino de salvar aquella falta con nuevas pruebas de lealtad, le encargó que continuára tratando con los de la liga, y sondeándolos hasta arrancarles el secreto de todos sus planes. Pescara tuvo la flaqueza de aceptar la odiosa comisión de espía, además del papel abominable de traidor que antes no había acertado á rechazar. En desempeño, pues, de su nuevo oficio, citó un día á Moron para tener una conferencia en Novara. El canciller acudió á la cita sin ningún recelo. Allí hablaron de los medios de llevar adelante la conjuración, y Moron se explicó sin rebozo y con toda

expansion y confianza. Compréndese cuál sería su asombro al verse sorprendido por Antonio de Leiva, que salió de detrás de una colgadura donde el de Pescara le había ocultado para que oyera la plática. En el mismo instante fué preso Moron y conducido al castillo de Pavía. Inmediatamente marchó Pescara con los imperiales contra el duque Francisco Sforza, que se hallaba enfermo en Milan, le declaró destituido á nombre del emperador, y le intimó la entrega de todas las fortalezas y ciudades de aquel estado. Sabida por el duque la prisión de su canciller, y viendo no quedarle remedio para otra cosa, accedió á hacer la entrega que se le pedía, reservándose solo los castillos de Cremona y Milan para seguridad de su propia persona.

No contento con esto el de Pescara, puso sitio al castillo de Milan donde el doliente duque se había refugiado (1), y dió aviso al emperador, rogándole mandára al duque entregar los castillos de Milan y

(1) Al llegar aquí el obispo Sandoval en su historia dice: «De esta manera trató y llevó este negocio el marqués de Pescara, del cual hablaron, como suele el mundo, los descubiertos y agravados mal por extremo, los contrarios bien, encareciendo su virtud, valor y lealtad hasta el cielo.»—Nosotros creemos que se obcecó en este punto el buen juicio del obispo historiador, como con frecuencia le acontece siempre que trata de algo favorable al emperador. La conducta de Pescara en este negocio no puede ser aplaudida por ningún hombre honrado, cuanto más ensalzada hasta el cielo, porque en ningún tiempo es virtud emplear el dolo y la traición para perder á aquellos mismos de quienes se finge ser amigo y aliado, ni una tentación de deslealtad se puede lavar con una deslealtad efectiva. Y sentimos en el alma hallar esta mancha en la carrera hasta entonces tan brillante y gloriosa del marqués de Pescara.



Cremona, y á él le diera licencia para tomar las ciudades de Parma y Plasencia que tenia el papa. No tuvo por político todavía el emperador ni obligar al duque á la cesion de sus dos castillos, sino pedirle que presentára personalmente á responder á los cargos, ni romper tampoco con el pontífice; antes bien, como el papa siguiera fingiéndose amigo del emperador, disimuló tambien Cárlos por su parte. Era jugar á quien mas engañarse podia. El papa Clemente, para ocultar mas la trama, envió un legado á pedir al emperador en nombre suyo y de los príncipes y repúblicas de Italia, que si el duque de Milan sucumbia de su enfermedad, tuviese á bien poner en aquel estado ó al duque de Borbon ó á don Jorge de Austria, hijo natural del emperador Maximiliano. Y Cárlos, fingiendo tambien ignorar lo que el papa y los de la liga tramaban contra él, aparentó tener gusto en complacer al pontífice, y dió la investidura del ducado de Milan al de Borbon, que era á quien protegía con preferencia. La muerte del marqués de Pescara, ocurrida á poco tiempo de esto, dejó vacante otro importante puesto, el de general en jefe del ejército imperial de Italia, cuyo mando se apresuró tambien Cárlos á confiar al de Borbon, que salió con este motivo de España (1).

(1) «Murió en la flor de su edad, dice Sandoval contando la muerte del marqués de Pescara: y si Dios le diera larga vida, fuera uno de los mayores capitanes que ha tenido el mundo.... Fué de muy apacible condicion, y aficionado grandemente á los españoles

Sucedió en esto la libertad de Francisco I., el cual no contento con eludir el cumplimiento del tratado de Madrid, segun dejamos ya indicado, desde Bayona mismo escribió al rey de Inglaterra, manifestándole lo agradecido que estaba á sus servicios, y aprobando el tratado hecho entre él y la regente de Francia su madre. Y como hombre sin escrúpulos, ó como si ningun lazo ó compromiso le ligara, dirigióse tambien al papa y á Venecia, exhortándolos á unirse para arrojar de Italia á los imperiales. El papa Clemente tampoco escrupulizó ya en aprobar la no ejecucion del tratado de Madrid, y saliendo de su política vacilante y doble, se unió abiertamente con el francés contra el emperador (1). Venecia volvió á su antigua alianza con Francia, y el sitiado duque de Milan, Francisco Sforza, pedía con urgencia socorros al papa y al monarca francés.

En su virtud se firmó en Cognac (22 de mayo, 1526), una alianza, que se llamó *Liga Santa* ó *Liga Clementina*, entre Francisco I. de Francia, el papa Clemente VII., la señoría de Venecia y el duque de Milan, contra el emperador Cárlos V. El rey de In-

como verdadero español, castellano viejo, porque era biznieto por línea de varon de don Ruy Lopez de Avalos el Bueno, condestable de Castilla, que en los tiempos turbados del rey don Juan el II. por falsas informaciones que el rey tuvo de él, se hubo de salir del reino perdiendo sus estados. —Sucedió á Pescara en los suyos su sobrino el marqués del Vasto. —Sandoval, Hist. de Cárlos V., lib. XIV., párr. 27.—Diego de Fuentes, Historia del marqués de Pescara. (1) Correspondencia del Cardenal de Yorck, Coleccion de documentos sobre Francisco I. n.º 258. —Negotiat. Diplomati. tom. II., pág. 656.



glaterra sin adherirse abiertamente á la liga, aceptó el título de protector de la confederacion, bajo la promesa de que habian de darle un principado en el reino de Nápoles despues de la conquista, y otro estado al cardenal Wolsey en Italia. Las principales bases del concierto eran que Cárlos V. habia de poner en libertad, mediante una cantidad que se ofrecia por el rescate, á los dos hijos del rey de Francia que tenia en rehenes, y poner á Sforza en tranquila posesion de Milan. De no hacerlo asi, se comprometian los aliados á levantar un ejército de cuarenta mil hombres, cuyo contingente se señaló á cada uno, para arrojar á los imperiales del Milanesado, y acometer despues á Nápoles por mar y por tierra <sup>(1)</sup>. Se intentó, aunque en vano, ocultar esta liga á la sagacidad del emperador. El pontífice, que tanto le debía, rompió ya todo miramiento, y en virtud de la facultad de atar y desatar, relevó al rey Francisco del juramento que habia prestado de cumplir la concordia de Madrid, y se atrevió á escribir al emperador diciendo: «Si quereis la paz, bien; sino, sabed que no me faltarán armas ni fuerzas para libertar la Italia y la república cristiana.»

Resuelto Cárlos á no ceder un ápice en lo comprendido en el tratado de Madrid, y sobre todo á no escuchar proposicion alguna contraria á lo estipulado

(1) Recueil des traités, tom. II. tratado, lib. XV., párr. 3.  
—Sandoval inserta el testo del

respecto á la restitucion absoluta de la Borgoña, envió al virey Lannoy y á Fernando de Alarcon á intimar al rey de Francia, ó que cumpliera la concordia en todas sus partes, ó que se restituyera á la prisio de Madrid, conforme se habia obligado. Tan inútil como era la demanda del emperador fué pueril el medio que buscó Francisco para eludirla. Mandó comparecer á la presencia de los embajadores á los representantes de los estados de Borgoña, y les manifestó el compromiso en que con el emperador se hallaba. Ellos contestaron, como era natural y se suponía, que si el rey habia condescendido en desmembrar el reino y entregarlos á una potencia estrangera, ellos estaban resueltos á morir con las armas en la mano antes que consentirlo. «Ya lo veis, dijo Francisco volviéndose á los embajadores; me es imposible cumplir el tratado.» Y ofreció, en equivalencia á la restitucion de la Borgoña, dos millones de escudos. Lannoy y Alarcon no eran hombres para dejarse engañar por el artificio cómico de Francisco y los borgoñones, y se retiraron asegurando que su señor no renunciaria una sola cláusula ni permitiria eludir un solo compromiso del tratado.

Irritado Cárlos con la conducta de Francisco y del papa, desahogaba su enojo contra el primero llamándole soberano sin fé y sin honor, *lasche et merchant*, como él mismo le habia dado derecho á hacerlo en las pláticas confidenciales de Illescas; y ame-



nazaba al segundo con su cólera, intimándole además con apelar á un concilio general, anuncio que parecia recibir como una terrible conminacion el papa. Mas no se limitaba Carlos á simples amenazas y recriminaciones, sino que con su natural actividad se apresuró á reforzar el ejército de Italia, al propio tiempo que con maña y destreza, por medio de su embajador en Roma duque de Sessa, y de don Hugo de Moncada, interesaba en su favor la poderosa familia de los Colonas, y especialmente al que hacia cabeza de ella, el cardenal Pompono Colona, hombre tan hábil como ambicioso, rival y enemigo, aunque disimulado, del pontífice Clemente, como aspirante que habia sido á la tiara, y que conservaba todo el resentimiento de un pretendiente burlado.

Francisco no habia sido tan activo; los infortunios y los padecimientos le habian amansado, y ya no parecia el rey belicoso de otros tiempos. Dado á los gozces tranquilos como quien los cogia á deseo, desconfiando de su fortuna en la guerra, y ávido de reposo, preferia negociar con el emperador esperando alcanzar por dinero la conservacion de la Borgoña y el rescate de sus dos hijos, que le importaba mas que la independencia de Italia. Asi, en vez de corresponder con auxilios prontos y eficaces á las obligaciones contraidas en Cognac, respondia á las reclamaciones de los aliados con vagas promesas é interminables dila-

torias<sup>(1)</sup>. A duras penas y á fuerza de instancias pudieron lograr que una flota francesa al mando del tráfuga español Pedro Navarro partiera del puerto de Marsella, con la cual, unida á las naves de Venecia y del papa dieron principio al sitio de Génova. Pero ya la inaccion de Francisco I. habia comprometido á los confederados, y mas al duque Sforza, que apurado por los imperiales en el castillo de Milan y mal auxiliado por el duque de Urbino, general de los aliados, tuvo que entregarle al de Borbon que llegó con tropas de refresco (24 de julio), pudiendo él escapar é incorporarse al ejército aliado. De esta manera quedó el de Borbon poseedor del ducado de Milan con que el emperador habia prometido investirle<sup>(2)</sup>.

Habíanse cruzado en este tiempo entre Francisco I. y Carlos V. proposiciones y respuestas, reclamaciones y negativas sobre el rescate de los dos príncipes que estaban en rehenes. Viendo Francisco la inflexibilidad del emperador, y despues de haber declarado al parlamento de Francia la nulidad del tratado de Madrid, circuló á todos los príncipes de Italia y Alemania un largo escrito titulado: «Apología contra la concordia de Madrid: *Apologia dissuatoria Madritice conventionis.*» Al cual contestó el emperador con otro todavía mas estenso, con el título de: *Respuesta á la Apologia del rey de Francia.* Al propio tiempo escri-

(1) Cartas del embajador de Venecia, obispo de Bayeux, al rey y á la reina madre. (2) Guicciardini, lib. XVII.



bia el pontífice Clemente al emperador dándole quejas, y el emperador se las volvía harto mas fuertes, recordándole sus beneficios, mostrándole cuán poco correspondía á ellos su comportamiento, y no dejando sin repuesta muy firme ninguno de sus cargos. Y no contento con esto, se dirigió el emperador al colegio de cardenales con pliego cerrado, que no habia de ver el pontífice, rogándoles encarecidamente que si Su Santidad negase ó difriese el concilio general, le señalasen ellos, pues veían los peligros en que la Iglesia estaba <sup>(1)</sup>.

Pero otro golpe mas terrible descargó sobre el papa Clemente para hacerle arrepentirse de haber abandonado al emperador y afiliándose á la liga llamada Santa. El cardenal Colona, Moncada y el duque de Sessa, habian conducido tan hábilmente y con tal sigilo su conspiracion, que un dia, cuando mas desapercibido se hallaba el pontífice, y antes que pudiese tener aviso de ello, vió con sorpresa penetrar por las calles de Roma una hueste de tres mil hombres, españoles, napolitanos y coloneses, con banderas desplegadas y apellidando «libertad.» Guiábalos don Hugo de Moncada. Sobresaltado y aterrado el pontífice, y sin que nadie se presentara á defenderle, huyó de su palacio y se refugió en el castillo de Sant Angelo. Los soldados de Moncada saquearon el Vati-

(1) Aquellos escritos, y la sustancia de toda esta correspondencia, que se conserva en el Archivo de Simancas, puede verse en Sandoval, Hist. de Carlos V., libro XV.

cano, la iglesia de San Pedro, una parte del Burgo y las casas de los ministros mas adictos al papa. Vióse éste atacado en el mismo castillo en que habia buscado asilo, y como careciera de bastimentos y de medios de defensa, apresuróse á pedir capitulación á Moncada, que aseguraba no habia ido sino á apartarle de la liga y hacerle amigo del emperador, añadiendo que todo lo hacia forzado y con el buen deseo de la paz. Sin embargo, impuso al Santo Padre las condiciones que le pareció, á saber: tregua por cuatro meses entre el emperador y el papa; que Su Santidad retirara el ejército que tenia en Lombardia; que perdonara á todos los Colonese, y aun los admitiera á su gracia y privanza, y que don Hugo se volveria con su tropa á Nápoles, como asi lo verificó (setiembre, 1526), aunque con algun disgusto de los Colonas, satisfecho con haber intimidado al papa, y héchole separarse de la confederacion de una manera ciertamente nada diplomática ni respetuosa, pero directa y eficaz <sup>(1)</sup>.

Coincidió la salida de las tropas pontificias del Milanesado, con arreglo á la capitulación, con la llegada á Lombardia de un cuerpo de doce mil alemanes reclutados en favor del emperador, y mandados por el valeroso y acreditado Jorge Frundsberg, uno de los vencedores de Pavía; lo cual obligó al duque

(1) Paolo Jovio, Vita Pomp. —Sandoval y Robertson en las Columna.—Guicciardini, lib. XVII. Historias de Carlos V.